

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

### **Poner en práctica el amor divino (Mensaje 10)**

Lectura bíblica: 1 Jn. 2:3-11; 3:14-18;  
4:7-12, 16-19; 2 Jn. 5-6

- I. El amor de Dios es Dios mismo; el amor es la esencia interna de Dios y el corazón de Dios—1 Jn. 4:8, 16:
  - A. El hecho de que Dios nos predestinara para la filiación divina fue algo motivado por el amor divino—Ef. 1:4-5.
  - B. El hecho de que Dios nos diera a Su Hijo unigénito para que en el aspecto jurídico fuésemos salvos de la perdición por medio de Su muerte, y en el aspecto orgánico recibiésemos la vida eterna en Su resurrección, fue algo motivado por el amor divino—Jn. 3:16; 1 Jn. 4:9-10:
    1. En el amor de Dios, el Hijo de Dios nos salva no sólo de nuestros pecados por medio de Su sangre, sino también de nuestra muerte por medio de Su vida—Ef. 1:7; Ap. 1:5; Ro. 5:10.
    2. Dios nos amó y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados en Su redención jurídica, con la intención de que pudiéramos tener vida y vivir por medio de Él en Su salvación orgánica—1 Jn. 2:1-2; 4:9-10; Jn. 6:57; 14:19; Gá. 2:20.
    3. El amor de Dios, que excede todo, se manifiesta en el hecho de que Él llegara a ser un sacrificio propiciatorio por nuestros pecados y el propiciatorio mismo donde podemos reunirnos con Dios y donde Él puede infundirse en nosotros; Dios como amor se reúne con nosotros y nos habla en el Cristo que hace propiciación, redime y resplandece, a fin de que seamos infundidos con Él como amor, misericordia y gracia con miras a Su gloria refulgente y radiante—Ro. 3:24-25; He. 4:16; Éx. 25:17, 22.

- C. “Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor”—Os. 11:4:
1. La frase *con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor* indica que Dios nos ama con Su amor divino, no en el nivel de la divinidad, sino en el nivel de la humanidad; aunque el amor de Dios es divino, éste llega a nosotros en las cuerdas de un hombre, es decir, llega mediante la humanidad de Cristo.
  2. Las cuerdas que Dios usa para atraernos a Él incluyen la encarnación de Cristo, Su vivir humano, Su crucifixión, Su resurrección y Su ascensión; es mediante todas estas etapas de Cristo en Su humanidad que el amor de Dios llega a nosotros en Su salvación—Ro. 5:8.
  3. Aparte de Cristo, el amor de Dios, el cual es imperecedero, inmutable y conquistador, no tendría efecto en nosotros; el inmutable amor de Dios es eficaz debido a que es un amor que viene a nosotros en Cristo, con Cristo, mediante Cristo y es para Cristo—vs. 5, 8; 8:35-39.
- II. Poner en práctica el amor divino es el resultado del disfrute que tenemos del Dios Triuno, quien es el Espíritu todo-inclusivo, Aquel que se mueve y opera dentro de nosotros como la unción en la comunión de la vida divina, a fin de saturarnos con todo lo que el Dios Triuno es, de todo lo que Él ha hecho y de todo lo que Él ha logrado y obtenido—1 Jn. 1:3; 2:3-11, 27:
- A. Si hemos de experimentar y disfrutar el amor divino, y que éste llegue a ser el amor con el cual amamos a los demás, es preciso que conozcamos a Dios por experiencia al vivir continuamente en la vida divina—vs. 3-6; Fil. 3:10a.
  - B. Dios nos amó primero, pues nos infundió Su amor y generó en nosotros el amor con el cual lo amamos a Él y a los hermanos—1 Jn. 4:19-21.
  - C. La vida que hemos recibido de parte de Dios es una vida de amor; Cristo llevó en este mundo una vida en la cual Dios se manifestaba como amor, y Él ahora es nuestra vida para que podamos vivir la misma vida de amor en este mundo y ser como Él—3:14; 5:1; 2:6; 4:17.
  - D. Nuestro amor natural debe ser crucificado; una diferencia entre el amor de Dios y nuestro amor natural es que nos

- ofendemos muy fácilmente cuando amamos con nuestro amor natural.
- E. Debemos ser personas que son inundadas y que se dejan llevar por el amor de Cristo; el amor divino debe ser como una gran marea que viene a nosotros con gran oleaje que nos arrastra y nos constriñe a vivir para Él como algo que está fuera de nuestro control—2 Co. 5:14.
  - F. El mandamiento acerca del amor fraternal es tanto antiguo como nuevo: antiguo, por cuanto los creyentes lo recibieron desde el principio de su vida cristiana; y nuevo, por cuanto en su andar cristiano este mandamiento amanece con nueva luz y brilla con nueva iluminación y poder fresco una y otra vez—1 Jn. 2:7-8; 3:11, 23; cfr. Jn. 13:34:
    1. Los mandamientos del Señor no son meramente órdenes judiciales, sino que son Sus palabras, las cuales, por ser espíritu y vida, son un suministro para nosotros—6:63.
    2. El amor de Dios es Su esencia intrínseca, y las palabras del Señor nos abastecen de esta esencia divina con la cual lo amamos a Él y amamos a los hermanos.
    3. Debemos amar a Dios y a Sus hijos con el amor divino que nos es transmitido a nosotros mediante las palabras del Señor y que llega a ser nuestra experiencia y disfrute.
  - G. El vivir en el cual nos amamos unos a otros en el amor de Dios representa la perfección y compleción de este amor cuando se manifiesta en nosotros—1 Jn. 4:11-12; 2:5.
- III. La vida de iglesia es una vida de amor fraternal—4:7-8; 2 Jn. 5-6; Jn. 15:12, 17; Ap. 3:7; Ef. 5:2; cfr. Jud. 12a:
- A. El Cuerpo se edifica a sí mismo en amor—Ef. 4:16.
  - B. Nuestro espíritu regenerado, el cual Dios nos dio, es un espíritu de amor; necesitamos un espíritu ferviente de amor para conquistar la degradación que existe en la iglesia hoy—2 Ti. 1:7.
  - C. El que ama a Dios y a los hermanos disfruta la vida divina; el que no ama permanece en la muerte satánica—1 Jn. 3:14; cfr. 2 Co. 11:2-3.
  - D. “El conocimiento envanece, pero el amor edifica”—1 Co. 8:1b; cfr. 2 Co. 3:6.
  - E. Amarnos unos a otros es una señal de que pertenecemos a Cristo—Jn. 13:34-35.

- F. Querer ser el primero en la iglesia está en contraste con amar a todos los hermanos—3 Jn. 9.
- G. Así como el Señor Jesús entregó la vida de Su alma para que pudiéramos obtener la vida divina, también es necesario que nosotros perdamos la vida de nuestra alma y nos neguemos a nosotros mismos, a fin de amar a los hermanos y ministrarles vida al poner en práctica la vida del Cuerpo—1 Jn. 3:16; Jn. 10:11, 17-18; 15:13; Ef. 4:29—5:2; 2 Co. 12:15; Ro. 12:9-13.
- H. Es preciso que perdamos la vida de nuestra alma por medio de no amar al mundo y sus placeres; en vez de ello, nuestro gozo, diversión, entretenimiento y felicidad debe ser recibir a Dios y expresarle en la vida de iglesia de amor fraternal—1 Jn. 2:15-17; Mt. 16:25-26; Sal. 36:8-9; cfr. 2 Ti. 3:4.
- I. El amor fraternal en la vida de iglesia se expresa de una manera práctica cuando atendemos a las necesidades de los santos necesitados sin abrigar intereses personales y sin hacer alarde; al compartir nuestros bienes materiales con los santos necesitados, la gracia de la vida del Señor junto con Su amor fluye entre los miembros del Cuerpo de Cristo y se infunde en ellos—1 Jn. 3:17-18; Mt. 6:1-4; Ro. 12:13; 2 Co. 8:1-7.
- IV. En 1 Juan 4 se nos dice el secreto de cómo podemos estar en pie confiadamente ante el tribunal de Cristo: permanecer en amor—vs. 16-18; 2 Co. 5:10, 14:
- A. Permanecer en amor es vivir una vida en la cual amamos a otros habitualmente con el amor que es Dios mismo, a fin de que Él se exprese en nosotros—1 Jn. 4:16.
- B. El amor perfecto es el amor que ha sido perfeccionado en nosotros cuando amamos a los demás con el amor de Dios; tal amor echa fuera el temor y no teme ser castigado por el Señor cuando Él venga—vs. 17-18; cfr. Lc. 12:46-47.
- C. El amor es el camino más excelente mediante el cual podemos llegar a ser alguien y hacer algo para la edificación de la iglesia como el Cuerpo orgánico de Cristo—1 Co. 12:31b—13:8a.

## MENSAJE DIEZ

### PONER EN PRÁCTICA EL AMOR DIVINO

Oración: Señor Jesús, nuevamente abrimos nuestro ser a Ti. Apreciamos Tu hablar. Señor, te damos gracias que Tu palabra no es escasa en estos días y te agradecemos por Tu misericordia que nos hallamos en Tu recobro. Señor, nos humillamos delante de Ti; te tomamos como nuestra humildad. Concédenos ser aquellos que verdaderamente son pobres en espíritu. Sálvanos de ser personas orgullosas y de pensar que ya lo sabemos todo. Es nuestra oración poder vaciarnos y despojarnos de lo que somos. Señor, aplica Tu persona como colirio a los ojos de nuestro corazón, para que te veamos como el amor divino. Señor, concédenos ver que Tú eres amor. ¡Qué misterio! Realmente necesitamos revelación. Ten misericordia de todos y cada uno de nosotros. Concédanos oídos para oír lo que Tú, como el Espíritu, hablas a las iglesias.

Tal pareciera que el Señor verdaderamente nos ungió con respecto a la disposición y progresión de los mensajes en este Estudio de cristalización de las epístolas de Juan. En el mensaje anterior vimos la práctica de la justicia divina, y en este mensaje consideraremos el tema de poner en práctica el amor divino. Poner en práctica el amor divino es algo sumamente profundo. En 1 Juan 4:8 se nos dice: “Dios es amor”. Debemos considerar lo que significa la expresión *Dios es amor*. Ciertamente éste es un asunto muy profundo y misterioso.

Al considerar el amor divino presentado en las epístolas de Juan, y con la ayuda de *Strong's Concordance*, he contado las veces que Juan menciona la palabra *amor* en sus epístolas. En estos siete capítulos el sustantivo *amor* (*ágape* en griego) aparece treinta y ocho veces, la palabra *amados* aparece diez veces, y trece veces la forma verbal de *amar*. En sus epístolas, Juan menciona la palabra *amor* un total de sesenta y una veces. Incluso examinándolo desde esta perspectiva tan objetiva, es evidente que las epístolas de Juan nos revelan el amor divino.

Tanto en el Evangelio de Juan como en las epístolas de Juan se nos manda que nos amemos unos a otros (Jn. 13:34-35; 2 Jn. 4-6). Además, poner en práctica este amor es en realidad ser incorporados a

la incorporación divino-humana. En Juan 13:34-35 el Señor dice: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como Yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros”. Una vez más tenemos la expresión *como*, que implica la cumbre de la revelación divina. Este pasaje nos revela que nosotros llegamos a ser exactamente iguales al Señor. Él es amor, y debido a que somos de la misma especie que Él, llegamos a ser amor también. Por tanto, Él nos manda que nos amemos unos a otros tal *como* Él nos ha amado. Luego en Juan 17:21 el Señor dice: “Para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste”. Nuevamente aquí el Señor menciona la palabra *como*. Así *como* el Padre está *en* el Hijo y el Hijo *en* el Padre, nosotros también estamos *en* el Dios Triuno. ¡Aleluya que estamos “en”! Luego, en los versículos del 22 al 26 el Señor revela la incorporación divino-humana universal, la cual es divina, mística y agrandada, a saber: el Dios Triuno que vive en el hombre corporativo regenerado y transformado, y el hombre corporativo regenerado y transformado que vive en el Dios Triuno. En virtud de esta mutua coinherencia, el mundo creará que Dios envió a Cristo. Por consiguiente, el hecho de que permanezcamos en amor (15:9), que es Dios mismo, así como el hecho de que el amor permanezca en nosotros, todo ello está vinculado con la incorporación divino-humana. Esto es muy misterioso. En Juan 17:23 el Señor revela esta incorporación divino-humana al decir: “Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad, para que el mundo conozca que Tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a Mí me has amado”. De nuevo leemos la expresión *como*. A partir de este versículo vemos que la manera en que el mundo conoce que somos los discípulos del Señor es la misma manera en que Él expresa Su gloria divina en el universo, a saber: mediante la incorporación divino-humana del Dios Triuno y el hombre tripartito. Esta incorporación es hecha real de manera concreta cuando nosotros amamos a Dios, quien nos infunde Su amor para que le amemos a Él, y cuando nos amamos unos a otros al tomarle a Él como nuestro amor. De esta manera, permanecemos en Él, quien es amor, y Él permanece en nosotros como amor. ¡Cuán maravillosa es esta incorporación divino-humana, la cual es expresada y hecha real en virtud de nuestra morada mutua en Dios como amor!

**EL AMOR DE DIOS ES DIOS MISMO; EL AMOR  
ES LA ESENCIA INTERNA DE DIOS Y EL CORAZÓN DE DIOS**

El amor de Dios es Dios mismo; el amor es la esencia interna de Dios y el corazón de Dios (1 Jn. 4:8, 16). Todo aquello que no es la esencia interna de Dios, no es el amor *ágape*. El Señor desea que seamos saturados de Él como *ágape*. Todo aquello que no es el corazón de Dios y que no procede del corazón de Dios tampoco es amor. El amor es el corazón mismo de Dios. La vida es el ser eterno y divino de Dios; la justicia es el camino de Dios; la santidad es la naturaleza de Dios; la gloria es la expresión de Dios; y el amor es el corazón de Dios.

**El hecho de que Dios nos predestinara para la filiación divina  
fue algo motivado por el amor divino**

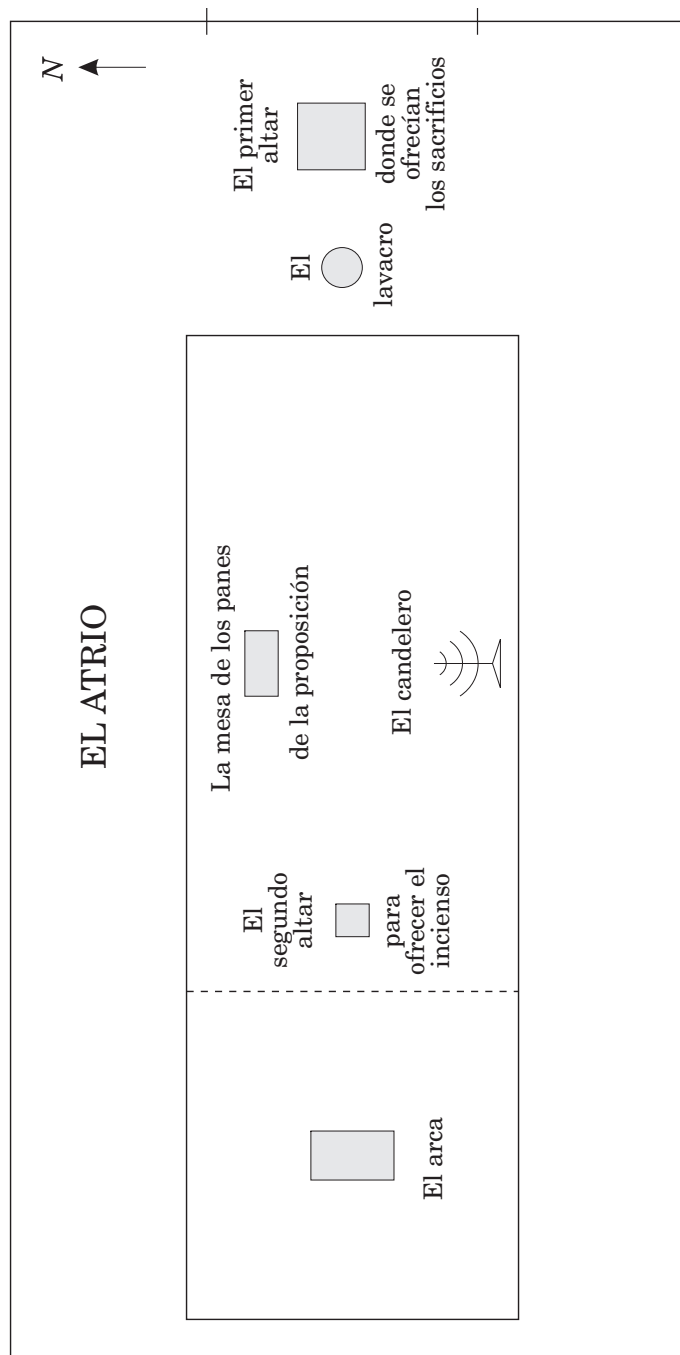
El hecho de que Dios nos predestinara para la filiación divina fue algo motivado por el amor divino. En la eternidad pasada Dios “nos escogió [...] para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él *en amor*, predestinándonos para filiación” (Ef. 1:4-5).

**El hecho de que Dios nos diera a Su Hijo unigénito  
para que en el aspecto jurídico fuésemos salvos de la perdición  
por medio de Su muerte, y en el aspecto orgánico  
recibiésemos la vida eterna en Su resurrección,  
fue algo motivado por el amor divino**

El hecho de que Dios nos diera a Su Hijo unigénito para que en el aspecto jurídico fuésemos salvos de la perdición por medio de Su muerte, y en el aspecto orgánico recibiésemos la vida eterna en Su resurrección, fue algo motivado por el amor divino (Jn. 3:16; 1 Jn. 4:9-10). Alabado sea el Señor que Dios nos ha dado a Su Hijo unigénito; esta dádiva es Su amor. El hecho de que Dios nos diera a Su Hijo a fin de que fuésemos salvos tanto en el aspecto jurídico como en el orgánico, fue algo motivado por el amor divino. Este amor divino es lo que motivó a Dios a redimirnos jurídicamente, y ahora este amor divino Suyo le motiva a salvarnos orgánicamente.

*En el amor de Dios, el Hijo de Dios nos salva  
no sólo de nuestros pecados por medio de Su sangre,  
sino también de nuestra muerte por medio de Su vida*

En el amor de Dios, el Hijo de Dios nos salva no sólo de nuestros pecados por medio de Su sangre, sino también de nuestra muerte por



medio de Su vida (Ef. 1:7; Ap. 1:5; Ro. 5:10). ¡Cuán maravilloso que hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo! Solíamos ser los enemigos de Dios, mas ahora hemos sido reconciliados con Él. Sin embargo, eso no es todo. ¡Hay mucho más! Ahora estamos disfrutando de una salvación que es “mucho más”; y estamos en un recobro que es “mucho más”. “Mucho más [...] seremos salvos en Su vida” (v. 10). Él nos salva orgánicamente en Su vida.

*Dios nos amó y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados en Su redención jurídica, con la intención de que pudiéramos tener vida y vivir por medio de Él en Su salvación orgánica*

Dios nos amó y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados en Su redención jurídica, con la intención de que pudiéramos tener vida y vivir por medio de Él en Su salvación orgánica (1 Jn. 2:1-2; 4:9-10; Jn. 6:57; 14:19; Gá. 2:20). El amor de Dios es expresado tanto en Su redención jurídica así como en Su salvación orgánica. En Su redención jurídica contemplamos Su amor, y en Su salvación orgánica experimentamos Su amor por nosotros.

*El amor de Dios, que excede todo, se manifiesta en el hecho de que Él llegara a ser un sacrificio propiciatorio por nuestros pecados y el propiciatorio mismo donde podemos reunirnos con Dios y donde Él puede infundirse en nosotros; Dios como amor se reúne con nosotros y nos habla en el Cristo que hace propiciación, redime y resplandece, a fin de que seamos infundidos con Él como amor, misericordia y gracia con miras a Su gloria refulgente y radiante*

El amor de Dios, que excede todo, se manifiesta en el hecho de que Él llegara a ser un sacrificio propiciatorio por nuestros pecados y el propiciatorio mismo donde podemos reunirnos con Dios y donde Él puede infundirse en nosotros; Dios como amor se reúne con nosotros y nos habla en el Cristo que hace propiciación, redime y resplandece, a fin de que seamos infundidos con Él como amor, misericordia y gracia con miras a Su gloria refulgente y radiante (Ro. 3:24-25; He. 4:16; Éx. 25:17, 22).

Los escritos de Juan presentan una revelación completa de Cristo, quien es tanto el sacrificio propiciatorio como el propiciatorio mismo a fin de que Él nos salve jurídicamente y también nos sature con la vida

eterna orgánicamente. Para ayudarnos a entender esto, tenemos el diagrama del tabernáculo en la página 286, el cual nos presenta la disposición del tabernáculo y su mobiliario. Según el Evangelio de Juan, Dios vino a nosotros en el Hijo como gracia y realidad (1:14) a fin de que seamos hechos Sus hijos (vs. 12-13). La encarnación de Dios y el ministerio terrenal de Cristo equivalen al hecho de que Dios salió del Lugar Santísimo y fue al atrio del tabernáculo con el fin de satisfacer nuestras necesidades en el altar del holocausto (v. 14; Lv. 4:28-31). El altar representa la cruz. En la cruz Cristo quitó el pecado del mundo (Jn. 1:29) y fue hecho nuestro sacrificio propiciatorio (1 Jn. 2:2; 4:10). Luego, en las epístolas de Juan vemos que como hijos de Dios, entramos completamente en el tabernáculo. Ahora Juan nos lleva al mismo corazón de Dios. El corazón de Dios corresponde a la parte más adentro del tabernáculo; es el Arca en el Lugar Santísimo. En este cuadro vemos el amor divino; el amor divino es Cristo quien sale del Lugar Santísimo y se manifiesta al hombre caído como gracia y realidad en virtud de haber sido hecho el sacrificio propiciatorio para redimir al hombre jurídicamente, tal como vemos en el Evangelio de Juan, y así, introducir por completo en el corazón de Dios en el Lugar Santísimo al hombre redimido, tal como vemos en las epístolas de Juan.

Con respecto al Lugar Santísimo en el Antiguo Testamento, es importante que nos demos cuenta de que el Lugar Santísimo no es un tipo, sino una realidad. El mobiliario relacionado con el tabernáculo e incluso el Arca junto con sus contenidos son todos tipos, pero el Lugar Santísimo en sí no es un tipo, porque en Hebreos 10:22 Pablo nos dice: “Acercuémonos al Lugar Santísimo”. En el Antiguo Testamento, cuando el sumo sacerdote entraba al Lugar Santísimo, Dios estaba allí; de hecho, el sumo sacerdote se reunía con el Dios de gloria, el Dios santo y justo (Éx. 25:22). Dios mismo está en el Lugar Santísimo, y hoy nuestro espíritu, como morada de Dios, es el Lugar Santísimo (2 Ti. 4:22; Ef. 2:22). Cuando entramos en el Lugar Santísimo y tenemos contacto con Dios en Cristo en el Arca, somos introducidos en Él como amor, el cual es la naturaleza de la esencia de Dios, y somos introducidos en Él como luz, que es la naturaleza de la expresión de Dios. Esto es sumamente profundo y de mucho significado. ¡Qué amor es éste! ¡Podemos ser introducidos en Dios mismo y también en la naturaleza de Dios como amor y luz!

En cuanto a Cristo como nuestra propiciación, la palabra *propiciación* significa hacer que se reconcilien dos personas al satisfacer la

exigencia que una impone sobre la otra. Por ejemplo, si una persona ha sido ofendida por otra porque ésta le debe algo, entonces es requerida la propiciación. La propiciación se hace necesaria a fin de reconciliar a estas dos personas, satisfaciendo ya sea una deuda o una exigencia impuesta por una de las dos. Entre nosotros y Dios había una deuda a raíz de nuestro pecado, deuda que jamás podíamos pagar. Ofendimos la justicia de Dios, y según lo que Pablo dice en Romanos: “La paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23). ¿Quién podía liquidar tal paga por nosotros y saldar nuestra deuda con Dios? ¡Alabado sea el Señor que Cristo saldó aquella paga por nosotros en la cruz! La nota 1 de 1 Juan 2:2 dice: “El Señor Jesucristo se ofreció a Sí mismo a Dios como sacrificio por nuestros pecados (He. 9:28), no solamente para lograr nuestra redención sino también para satisfacer las exigencias de Dios, estableciendo así una relación de paz entre nosotros y Dios. Por lo tanto, Él es el sacrificio por nuestra propiciación ante Dios”. Así que, *propiciación* significa reconciliar a dos personas y hacerlas una. Cristo llegó a ser nuestro sacrificio propiciatorio con el objetivo de manifestarse a nosotros en el atrio del altar de holocausto. Éste es el Cristo que viene a nosotros como gracia y verdad.

Basado en el hecho de que Cristo es nuestro sacrificio propiciatorio que efectúa nuestra redención jurídica, Él nos introduce completamente en el Lugar Santísimo a fin de que nos reunamos con Él en el Arca y nos reunamos sobre Él, quien es la tapa del Arca. El Arca estaba hecha de madera de acacia revestida de oro (Éx. 25:10-11), lo cual representa al Cristo que posee dos naturalezas, la divinidad y la humanidad (Ro. 1:3-4). El Arca es el “baúl lleno de tesoros” del Dios Triuno y tipifica a Cristo como la corporificación del Dios Triuno. Dentro del Arca estaban el maná escondido en la urna de oro, la vara que reverdeció y las tablas del pacto (He. 9:4). El maná escondido en la urna de oro representa a Cristo el Hijo como nuestro suministro de vida contenido en la naturaleza divina de Dios el Padre. La vara que reverdeció tipifica al Cristo resucitado, y las tablas del pacto denotan la ley interna del Espíritu de vida. La urna de oro simboliza la naturaleza divina del Padre, el maná escondido y la vara que reverdeció tipifican a Cristo en resurrección y en ascensión, y las tablas del pacto representan la ley del Espíritu de vida. Todas estas cosas se hallan dentro del Arca, el cual tipifica a Cristo como la corporificación de Dios (Col. 2:9).

En Romanos 3:25 Pablo hace referencia al *propiciatorio*, el cual corresponde a la cubierta del Arca; en Éxodo 25:17 dicha tapa era llamada “la

cubierta expiatoria” (heb.). Romanos 3:24-25 nos revela que esta tapa es “Cristo Jesús, a quien Dios ha presentado como propiciatorio”. Así que, por un lado, Cristo efectuó propiciación por nosotros para establecer una relación de paz con Dios (He. 2:17) al ser hecho el sacrificio propiciatorio (1 Jn. 2:2; 4:10) para redimirnos jurídicamente; por otro, Él es también el lugar en donde disfrutamos de esta propiciación ante Dios. Cristo, como nuestra propiciación y como nuestro sacrificio propiciatorio, es verdaderamente Dios que viene a nosotros como gracia y verdad. Ahora Él, como nuestro sacrificio propiciatorio, nos introduce completamente en el Lugar Santísimo, donde nos reunimos con Él, en Él y también estamos sobre Él como nuestro propiciatorio (Éx. 25:21-22).

El versículo 17 dice que la cubierta expiatoria era de oro puro, y el versículo 21 dice que las tablas del Testimonio fueron puestas dentro del Arca. El sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo con la sangre del sacrificio propiciatorio, el cual había sido degollado en el altar del holocausto, y tenía que rociarla siete veces sobre la cubierta expiatoria (Lv. 16:14-15). En Éxodo 25:22 Dios dice: “Allí me manifestaré a ti, y hablaré contigo desde encima de la cubierta expiatoria (heb.), de entre los dos querubines que están sobre el Arca del testimonio”. ¿A qué se refiere la palabra *allí*? La palabra *allí* se refiere a una persona, a saber, Cristo nuestro propiciatorio. La expresión *allí me manifestaré a ti* significa que Dios se reúne con nosotros en Cristo y sobre Cristo como el propiciatorio. El propiciatorio estaba hecho de un sola pieza maciza de oro, en cuyos dos extremos estaban los dos querubines de oro (v. 18). Estos dos querubines de oro representan la gloria de Dios y el Cristo de gloria. La nota 1 del versículo 22 dice:

El hecho de que Dios se reuniera con Su pueblo y hablase con ellos desde encima de la cubierta expiatoria y de entre los querubines significa que Dios se reúne con nosotros y nos habla en el Cristo que hace propiciación y en la gloria que Cristo, quien hace propiciación, expresa como testimonio Suyo (cfr. 2 Co. 3:8-11, 18). Por tanto, la cubierta expiatoria y la sangre de los sacrificios que fue rociada sobre la misma en el Día de Expiación (Lv. 16:14-15, 29-30) representan al Cristo redentor en Su humanidad y al Cristo resplandeciente en Su divinidad como el lugar donde los pecadores caídos pueden encontrarse con el Dios justo, santo y glorioso y allí escuchar Su palabra, de tal modo que

sean infundidos con Dios como gracia y reciban de Él visión, revelación e instrucción.

A fin de aplicar este tipo a nuestra experiencia según 1 Juan vemos que cuando estamos en la comunión de la vida divina (1:3), Cristo nos lleva del atrio y nos introduce en el Lugar Santísimo, donde disfrutamos de Él como nuestro propiciatorio, donde somos completamente reconciliados con Dios, y donde nosotros y Dios llegamos a ser uno de forma subjetiva. Entonces, al reunirnos sobre Cristo y en Cristo como propiciatorio, estarán presentes la tapa de oro, la sangre rociada sobre tal cubierta y los querubines. La tapa de oro representa la naturaleza divina del amor y de la luz de Dios (4:8; 1:5); la sangre rociada (1:7) representa al Cristo que redime; y los querubines representan la gloria de la divinidad de Dios y la gloria de Cristo. La sangre rociada sobre la tapa de oro representa al Cristo redentor en Su humanidad, y los querubines que están sobre la tapa de oro representan al Cristo resplandeciente en Su divinidad. Cuando disfrutamos la comunión de la vida divina (v. 1—2:11) y permanecemos en la enseñanza de la unción (vs. 12-27), entramos profundamente en nuestro espíritu y nos reunimos en el Cristo que hace propiciación, bajo Su sangre redentora y en medio de Su gloria esplendorosa. Allí Dios nos habla en Cristo y sobre Cristo. Es allí donde nos reunimos con Dios en Cristo, sobre Cristo y entre Cristo. Estamos rodeados de Cristo y estamos siendo infundidos con Él. En esto consiste estar en el amor divino. Todo esto sucede en nuestro espíritu, en el Lugar Santísimo, debido a que en Éxodo 25:22 la palabra *allí* se refiere a una persona, que es Cristo. Es sobre Cristo y en nuestro espíritu que nos reunimos en Dios como amor, que es la naturaleza de la esencia de Dios, y nos reunimos en Dios como luz, que es la naturaleza de la expresión de Dios. ¡Aleluya!

Dios está en nosotros, y Dios está en Cristo; Cristo está en nuestro ser, y nosotros estamos en Cristo. Estamos reunidos en Cristo, sobre Cristo e incluso entre Cristo. Aquí somos infundidos con la gloria de Dios, con la gloria de Cristo, en virtud del hablar de Dios. Todos podemos orar: “Señor, que Dios sea infundido en mi ser”. En la Septuaginta la palabra en hebreo traducida “cubierta expiatoria” es *ilastérion*, que significa “el lugar de propiciación” (lo cual implica perdonar y dar misericordia). La versión King James lo traduce con el significado de “asiento de misericordia”, refiriéndose al lugar donde Dios concede misericordia al hombre. “Esto indica que los traductores consideraron el lugar de propiciación como un asiento, dándose cuenta de que

Cristo como el lugar de propiciación era un asiento para que Dios nos concediera misericordia” (*Estudio-vida de Éxodo*, pág. 1009). Por consiguiente, el lugar de propiciación representa el trono de la gracia mencionado en Hebreos 4:16, en donde Pablo nos insta diciéndonos: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”. Debemos acudir a Cristo como el trono de la gracia y abrir todo nuestro ser a Él. Él ha cumplido plenamente con todas las exigencias que nos impone la justicia, la santidad y la gloria de Dios. En el propiciatorio el Dios de gloria tiene Su mirada puesta sobre nosotros; sin embargo, lo que Él ve es a Cristo como la tapa de oro del Arca y la sangre que ha sido rociada. Por tanto, podemos reunirnos en Cristo, sobre Cristo y entre Cristo, y allí podemos recibirle como misericordia y gracia. “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (v. 16).

Cristo es tanto nuestro sacrificio propiciatorio que quita nuestros pecados jurídicamente, así como el lugar de propiciación, en donde experimentamos plenamente Su salvación orgánica. El sacrificio propiciatorio tiene como fin efectuar nuestra redención jurídicamente, y al reunirnos con Dios en nuestro espíritu y disfrutarlo como amor y luz, nos reunimos en Cristo y sobre Cristo y somos rodeados de Él como el propiciatorio con miras a nuestra salvación orgánica. Es allí donde nos reunimos con Dios, y es allí donde Dios nos infunde consigo mismo. Dios como amor se reúne con nosotros y nos habla en el Cristo que hace propiciación, redime y resplandece, a fin de que seamos infundidos con Él como amor, misericordia y gracia con miras a Su gloria refulgente y radiante. A medida que disfrutamos a Dios y a Cristo de esta manera, llegamos a ser el agrandamiento del Lugar Santísimo, la Nueva Jerusalén.

Ver que la Epístola de 1 Juan es el cumplimiento del tipo del tabernáculo y de las ofrendas presentadas en el Antiguo Testamento equivale a que nos haya sido revelado un misterio sumamente profundo. Por tanto, les recomiendo que estudien el mensaje 89 del *Estudio-vida de Éxodo*, y en especial, la sección titulada “El Arca en el ministerio remendador de Juan”. Lean también la nota 2 de Juan 1:14 en la Versión Recobro. El último párrafo de la nota dice: “El pensamiento profundo del Evangelio de Juan es que Cristo, el Dios encarnado, vino como la corporificación de Dios, según se muestra con el tabernáculo (v. 14) y con el templo (2:21), para que el hombre pudiera tener contacto con Él y entrar en Él para disfrutar las riquezas contenidas en Dios”. Ésta

es una nota de pie de página clásica, y el hermano Lee añadió la última sección a dicha nota cuando trabajó en la Versión Recobro en el idioma chino. Por último, les recomiendo el libro *The Fulfillment of the Tabernacle and the Offerings in the Writings of John* [El cumplimiento del tabernáculo y de las ofrendas en los escritos de Juan]. Esta selección de escritos es un ejemplo de las muchas riquezas en el ministerio impreso de nuestro hermano Lee.

En el libro titulado *The Fulfillment of the Tabernacle and the Offerings in the Writings of John*, el hermano Lee revela detalladamente cómo los escritos de Juan nos muestran el cumplimiento de los ricos tipos del tabernáculo y de las ofrendas antiguotestamentarias. Me gustaría darles un breve esbozo del contenido de ese libro, que nos muestra cómo los tres escritos de Juan —su Evangelio, sus epístolas y Apocalipsis— corresponden al diagrama del tabernáculo presentado en la página 286. Al comienzo está el altar del holocausto en el atrio. En Juan 1:29 Juan el Bautista da testimonio con respecto a Jesús: “¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!”. Cuando Cristo se encarnó, Él vino como el cumplimiento de la experiencia que tenemos del primer altar, el altar del holocausto. En el capítulo 13 vemos el lavamiento de los pies como cumplimiento del lavacro. Juan 13:1 dice que el Señor amó a Sus discípulos hasta el fin. El Cordero de Dios y el lavamiento de los pies en amor constituyen la manera en que experimentamos a Cristo en el atrio.

En el capítulo 14 somos llevados al Lugar Santo. En el Lugar Santo disfrutamos a Cristo como el pan de la Presencia, como la luz del candelero y también como el incienso en el altar de incienso. En el capítulo 6 Cristo mandó a Sus discípulos a que lo comieran a Él como el pan de vida y como el pan vivo (vs. 35, 51, 57). Él es nuestro verdadero alimento espiritual, y Su presencia constituye nuestro suministro para el servicio. En el Lugar Santo también lo disfrutamos a Él como la luz del candelero. Juan 8:12 dice: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, jamás estará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. La luz de la vida es el cumplimiento de la luz del candelero hallado en el Lugar Santo.

En el capítulo 17 somos conducidos al altar de incienso. Todo este capítulo presenta la oración que Cristo ofreció al Padre, la cual es representada por el altar de incienso. El objetivo, la meta, de esta oración es la realización de la incorporación universal divino-humana. En otras palabras, el Señor ora con el propósito de que los creyentes sean



introducidos en el Lugar Santísimo a fin de disfrutarle como la realidad del Arca del testimonio. La esencia de Su oración es que entremos en la urna de oro, comamos el maná escondido y seamos así incorporados al Dios Triuno. A medida que comemos a Cristo como el maná escondido, somos rodeados por Él, somos hallados en Él, nos perdemos completamente en Él, y Él llega a ser Aquel que nos guía en la comunión divina. A medida que nos reunimos sobre Él como propiciatorio, y entre Él como los querubines de gloria en el Lugar Santísimo, Él nos infunde consigo mismo, edifica Su propio ser en nosotros y nos edifica a nosotros en Sí mismo. Finalmente, llegamos a ser la incorporación universal divino-humana agrandada, la cual es el agrandamiento del Lugar Santísimo que tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén.

La oración del Señor mencionada en Juan 17:22-24 es muy significativa con relación a nuestra experiencia de ser incorporados al Dios Triuno, a quien disfrutamos en el Lugar Santísimo. El Señor dice: “La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno” (v. 22). ¿Dónde está la gloria que el Señor menciona aquí? En el contexto del tabernáculo, aquella gloria está representada por los querubines de gloria que se encontraban sobre la tapa del Arca. Los querubines representan al Cristo glorioso y radiante que se infunde a Sí mismo como gloria en nuestro ser al reunirnos nosotros en Él, sobre Él y con Él. De esta manera, Él nos satura y nos rodea, y nosotros nos perdemos completamente en Él y somos hallados en Él.

En la Primera Epístola de Juan somos introducidos en el Lugar Santísimo a fin de disfrutar a Cristo como la realidad del Arca y como la realidad de la tapa del Arca, el propiciatorio. La sangre de Jesús (1:7) es rociada sobre la tapa del Arca (Lv. 16:14-15), y nosotros participamos de la comunión de la vida divina (1 Jn. 1:3-4) a medida que nos reunimos con Dios (Éx. 25:22). Estamos con Dios en la luz (1 Jn. 1:5) y bajo el resplandor de Su gloria como luz que resplandece entre los querubines de gloria, y nos reunimos sobre Cristo como la tapa de oro, disfrutando la naturaleza divina de Dios como amor y luz. El disfrute que tenemos de Cristo como cumplimiento del tabernáculo y de las ofrendas en 1 Juan es agrandado y expandido en Apocalipsis 21 y 22 hasta llegar a ser la Nueva Jerusalén, la máxima consumación del tabernáculo y de las ofrendas. La Nueva Jerusalén es un cubo de doce mil estadios en cada lado, el cual es el Lugar Santísimo ensanchado (Éx. 26:8, 16; 1 R. 6:20; Ap. 21:16), el preciso lugar donde Dios se halla en el

universo. En la Nueva Jerusalén Cristo como el Cordero está en el trono, y de este trono fluye el río de agua de vida junto con el árbol de la vida (22:1-2). El trono de Dios es la realidad del propiciatorio. La Nueva Jerusalén es la consumación del Lugar Santísimo como ciudad que expresa el amor de Dios el Padre como luz de la vida, la gracia de Cristo el Hijo como árbol de la vida y la comunión del Espíritu Santo como río de agua de vida (vs. 1-2, 5; 2 Co. 13:14).

**“Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor”**

“Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor” (Os. 11:4). La oración que le oramos al Señor todos los días debería ser: “¡Llévame en pos de ti! [...] ¡Corramos!” (cfr. Cnt. 1:4). ¿De qué manera nos atrae el Señor? Nos atrae con cuerdas humanas. En Oseas 11:4 la expresión *cuerdas humanas* es sinónimo de *cuerdas de amor*. Las cuerdas humanas son como una soga formada por muchas fibras, de la cual Cristo hala para llevarnos a Sí mismo. Las cuerdas tienen fibras, y cada fibra de esta cuerda se relaciona con algún aspecto de la humanidad de Cristo. Es como si estuviéramos en el atrio, y el Dios Triuno nos tirara una soga —una soga con cuerdas humanas, que son las cuerdas de amor— con la cual nos captura y luego hala para llevarnos al Lugar Santísimo. Esa soga representa la humanidad de Cristo, la cual está llena de gracia y de verdad (Jn. 1:14). Es en virtud de Su humanidad que Él nos atrae y nos hala hacia Sí mismo hasta llevarnos completamente al Lugar Santísimo. Éste es el Cristo que en Su humanidad nos cuida con ternura a fin de sustentarnos con Su divinidad como amor y luz en el Lugar Santísimo.

*La frase con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor indica que Dios nos ama con Su amor divino, no en el nivel de la divinidad, sino en el nivel de la humanidad; aunque el amor de Dios es divino, éste llega a nosotros en las cuerdas de un hombre, es decir, llega mediante la humanidad de Cristo*

La frase *con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor* indica que Dios nos ama con Su amor divino, no en el nivel de la divinidad, sino en el nivel de la humanidad; aunque el amor de Dios es divino, éste llega a nosotros en las cuerdas de un hombre, es decir, llega mediante la humanidad de Cristo. En los Evangelios vemos la atractiva humanidad de Cristo que llega a nosotros como amor. Cuando Cristo se manifiesta a nosotros lleno de gracia y realidad, ¿cómo podemos

resistirnos a amarle? Simplemente al leer el Evangelio de Juan, no podemos sino amarle. Al estudiar los casos presentados en Juan, caso tras caso, vemos que Cristo como vida satisface la necesidad de cada hombre (2:23—11:57). El Señor satisface la necesidad del hombre moral (2:23—3:36), de la mujer inmoral (4:1-42), y finalmente, del hombre muerto (11:1-57). Al leer acerca de Él en el Evangelio de Juan, somos atraídos por Su humanidad y llegamos a amarle.

Un ejemplo que nos muestra las cuerdas de amor del Señor en el Evangelio de Juan es el caso de la mujer sorprendida en adulterio. Cuando el Señor ministraba la palabra en Juan 8, los escribas y los fariseos lo interrumpieron al traerle una mujer que fue sorprendida en el acto mismo de adulterio. Estos religiosos dijeron que Moisés les mandó apedrear a tales mujeres (v. 5). Si bien ellos conocían la ley, su conocimiento era muy superficial. En otros pasajes de los Evangelios, el Señor les dijo que ellos no conocían las Escrituras ni el poder de Dios (Mt. 22:29; Mr. 12:24). ¿Cómo trató el Señor a la mujer adúltera? Incluso en una situación tan vergonzosa, el Señor la atrajo con cuerdas humanas. El Señor se inclinó hacia el suelo y humildemente escribió en tierra esperando que se calmara la situación. Entonces, Él dijo: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (Jn. 8:7). ¿Quién podía proclamar tales palabras? Todos los que estuvieron presentes se quedaron atónitos. Él era Dios que, en el nivel de la humanidad, llegó a los hombres.

*Las cuerdas que Dios usa para atraernos a Él incluyen la encarnación de Cristo, Su vivir humano, Su crucifixión, Su resurrección y Su ascensión; es mediante todas estas etapas de Cristo en Su humanidad que el amor de Dios llega a nosotros en Su salvación*

Las cuerdas que Dios usa para atraernos a Él incluyen la encarnación de Cristo, Su vivir humano, Su crucifixión, Su resurrección y Su ascensión; es mediante todas estas etapas de Cristo en Su humanidad que el amor de Dios llega a nosotros en Su salvación (Ro. 5:8). Incluso en Su ascensión, Cristo no deja de ser un hombre. Cuando Esteban sufría el martirio, él miró hacia los cielos y testificó: “He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios” (Hch. 7:56). Cristo pasó por cada una de las etapas de Su proceso como hombre, y es en virtud de todas estas etapas por las cuales Cristo pasó en Su humanidad que el amor de Dios llega a nosotros en Su salvación.

*Aparte de Cristo, el amor de Dios, el cual es imperecedero, inmutable y conquistador, no tendría efecto en nosotros; el inmutable amor de Dios es eficaz debido a que es un amor que viene a nosotros en Cristo, con Cristo, mediante Cristo y es para Cristo*

Aparte de Cristo, el amor de Dios, el cual es imperecedero, inmutable y conquistador, no tendría efecto en nosotros; el inmutable amor de Dios es eficaz debido a que es un amor que viene a nosotros en Cristo, con Cristo, mediante Cristo y es para Cristo (Ro. 5:5, 8; 8:35-39). ¿Acaso no podemos testificar que fue el amor de Cristo el que nos conquistó? Muchas veces nuestra vida se dirige en cierta dirección y, repentinamente, se encamina en otra dirección. Tal pareciera que nuestra vida no era más que vanidad de vanidades; sin embargo, nuestra vida dio un giro y se convirtió en “cantar de cantares”. Nuestra vida estaba llena de vanidad, pero el Señor nos tiró una “cuerda” de gracia y de verdad, nos hizo dar la vuelta y nos llevó de regreso a Sí mismo como amor y luz. En Romanos Pablo testifica que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que nos fue dado” (5:5).

En los mensajes anteriores vimos las condiciones necesarias para tener comunión divina. La primera condición es que confesemos nuestros pecados (1 Jn. 1:5—2:2). La segunda condición es que amemos a Dios a fin de mantener nuestra comunión en el aspecto vertical y amemos también a los hermanos para mantener nuestra comunión en el aspecto horizontal (2:3-11). Al satisfacer estas dos condiciones mantenemos nuestro disfrute de la comunión divina, lo cual redundará en que practicamos el amor divino (3:10b—5:3).

**PONER EN PRÁCTICA EL AMOR DIVINO ES EL RESULTADO DEL DISFRUTE QUE TENEMOS DEL DIOS TRIUNO, QUIEN ES EL ESPÍRITU TODO-INCLUSIVO, AQUEL QUE SE MUEVE Y OPERA DENTRO DE NOSOTROS COMO LA UNCIÓN EN LA COMUNIÓN DE LA VIDA DIVINA, A FIN DE SATURARNOS CON TODO LO QUE EL DIOS TRIUNO ES, DE TODO LO QUE ÉL HA HECHO Y DE TODO LO QUE ÉL HA LOGRADO Y OBTENIDO**

Poner en práctica el amor divino es el resultado del disfrute que tenemos del Dios Triuno, quien es el Espíritu todo-inclusivo, Aquel que se mueve y opera dentro de nosotros como la unción en la comunión de la vida divina, a fin de saturarnos con todo lo que el Dios Triuno es, de todo lo que Él ha hecho y de todo lo que Él ha logrado y

obtenido (1:3; 2:3-11, 27). La estrofa 1 del *Himnos*, #76 dice: “¡Qué profundo, tan extenso, / Es, Señor, Tu amor sin par!”. El amor de Dios ha llegado a nosotros. Este amor es la naturaleza de la esencia de Dios. Poner en práctica el amor divino es el resultado del disfrute que tenemos del Dios Triuno, quien es el Espíritu todo-inclusivo. Debemos consagrarnos cada día a disfrutar al Dios Triuno. Cuando disfrutamos al Dios Triuno, somos saturados, llenos y empapados del amor de Dios, el cual como esencia de la naturaleza de Dios llega a ser nuestra esencia. El resultado de esto es que el amor de Dios fluye de nuestro ser. Por tanto, poner en práctica el amor divino es el resultado del disfrute que tenemos del Dios Triuno, quien es el Espíritu todo-inclusivo, Aquel que se mueve y opera dentro de nosotros como la unción en la comunión de la vida divina, a fin de saturarnos con todo lo que el Dios Triuno es, de todo lo que Él ha hecho y de todo lo que Él ha logrado y obtenido.

**Si hemos de experimentar y disfrutar el amor divino,  
y que éste llegue a ser el amor  
con el cual amamos a los demás,  
es preciso que conozcamos a Dios por experiencia  
al vivir continuamente en la vida divina**

Si hemos de experimentar y disfrutar el amor divino, y que éste llegue a ser el amor con el cual amamos a los demás, es preciso que conozcamos a Dios por experiencia al vivir continuamente en la vida divina (vs. 3-6; Fil. 3:10a). Este amor no es nuestro amor natural, sino Dios como amor, que es la naturaleza de la esencia de Dios. En el mensaje 3 vimos que la vida divina posee una naturaleza divina. A medida que practicamos tener comunión con Dios, cada día debemos dedicar un tiempo específico para estar con el Señor de manera personal, afectuosa y privada a fin de que seamos infundidos con la naturaleza de Su esencia. Entonces, durante el día y en todo momento, debemos invocarle, abrirnos a Él y tener contacto con Él. De este modo, si hemos de experimentar y disfrutar el amor divino y hacer que éste sea el amor con el que amamos a otros, debemos conocer a Dios en nuestra experiencia al vivir continuamente en la vida divina.

Filipenses 3:10 dice: “A fin de conocerle, y el poder de Su resurrección, y la comunión en Sus padecimientos, configurándome a Su muerte”. En este versículo vemos los aspectos del unguento compuesto. Conocerle, conocer el poder de Su resurrección así como también la comunión de Sus padecimientos, siendo configurados a Su muerte, es

experimentar a Cristo como los elementos del unguento compuesto. Esto significa conocer a Cristo como el Espíritu compuesto que opera en nuestro ser, tipificado por el unguento compuesto, quien se aplica a Sí mismo a todas nuestras partes internas.

**Dios nos amó primero, pues nos infundió  
Su amor y generó en nosotros  
el amor con el cual lo amamos a Él y a los hermanos**

Dios nos amó primero, pues nos infundió Su amor y generó en nosotros el amor con el cual lo amamos a Él y a los hermanos (1 Jn. 4:19-21). La primera estrofa de *Himnos*, #255 dice:

Señor, te amo, mas no con mi amor,  
Pues no hay amor en mí;  
Te amo, Señor, mas es por Tu favor,  
Pues vivo yo por Ti.  
No tengo nada, y me place estar,  
Siempre vacío para Tu llenar.

Vivimos por Su amor, lo cual significa que estamos en el Lugar Santísimo. En el Lugar Santísimo nos damos cuenta de que no somos nada y nos regocijamos al ser despojados por el Señor de todo lo que somos y perdernos completamente en Él. La estrofa 2 dice:

Eres, Señor, nuestra necesidad,  
Y no hay nadie más;  
Tus bendiciones fluyen sin cesar,  
Y Tú eres nuestro hogar.  
Fuente de vida, gracia y comunión,  
Tú, nuestro centro y nuestra habitación.

En esto consiste el amor. El Señor es todo lo que necesitamos. Permanecemos en Él, quien es nuestra fuente, nuestro centro y nuestra morada.

**La vida que hemos recibido de parte de Dios  
es una vida de amor; Cristo llevó en este mundo  
una vida en la cual Dios se manifestaba como amor,  
y Él ahora es nuestra vida para que podamos vivir  
la misma vida de amor en este mundo y ser como Él**

La vida que hemos recibido de parte de Dios es una vida de amor; Cristo llevó en este mundo una vida en la cual Dios se manifestaba

como amor, y Él ahora es nuestra vida para que podamos vivir la misma vida de amor en este mundo y ser como Él (1 Jn. 3:14; 5:1; 2:6; 4:17).

**Nuestro amor natural debe ser crucificado; una diferencia entre el amor de Dios y nuestro amor natural es que nos ofendemos muy fácilmente cuando amamos con nuestro amor natural**

Nuestro amor natural debe ser crucificado; una diferencia entre el amor de Dios y nuestro amor natural es que nos ofendemos muy fácilmente cuando amamos con nuestro amor natural. Si amamos a una persona de manera natural y no por el amor divino, tarde o temprano nos ofenderemos, porque el amor natural finalmente se fermentará. En la ofrenda de harina no se permitía ni la levadura ni la miel. Una de las cosas que representa la levadura es la ambición, en tanto que la miel representa el afecto natural. La ambición y el afecto natural siempre van acompañados uno con el otro. En *Life-study of Leviticus* [Estudio-vida de Levítico] el hermano Lee dice:

La ambición y el afecto están estrechamente relacionados. Supongamos que un hermano tiene cierta ambición. Si consigue satisfacer tal ambición, estará feliz, pero si no lo logra, se sentirá triste. Amará a todo aquel que le ayude a obtener lo que él desea, y considerará enemigo a todo aquel que le impida lograr su ambición. (pág. 116)

Una persona ambiciosa amará a todo aquel que le ayude a obtener lo que él desea y a quien quiera seguirle, pero considerará enemigo a todo aquel que le sea un obstáculo. En el disturbio que hubo a finales de la década de los ochenta, vimos que quienes tenían la ambición de ser líderes trabajaron junto con aquellos por quienes había cierto afecto natural. Esto ha de servirnos de advertencia. Estamos con temor y temblor, pues no somos diferentes a ellos. Todos necesitamos la misericordia día tras día, e incluso momento a momento. Es por esta razón que no puede haber tal cosa como la neutralidad. Hemos visto que si estamos en el Señor, practicaremos la justicia, pero si no estamos en el Señor, estaremos en la carne y practicaremos el pecado. Debemos volvernos continuamente al Espíritu y poner la mente en el espíritu.

El hermano Lee fue un gran don dado al Cuerpo para perfeccionar a todos los miembros de un talento en virtud del pastoreo que nos brindó de diversas maneras. Muchos hermanos sirvieron con el hermano Lee

en diferentes aspectos del servicio, pero algunos de nosotros servimos con él en la obra de publicación. El hermano Lee realmente nos amaba, mas no conforme a nuestro concepto. A veces su amor nos llenaba de alegría, pero a veces su amor nos hacía llorar. No obstante, su amor nos perfeccionaba. El hermano Lee era una persona fina, de quien fluían la justicia y el amor. Su pastoreo primero nos perfeccionaba para luego pastorearnos en amor. En una ocasión, mientras servía con él en un entrenamiento para ancianos, él me pidió que buscara en el Nuevo Testamento todos los versículos cruciales sobre la Palabra divina. Entonces, busqué en la concordancia y le leí al hermano Lee los versículos que encontré; más tarde, él los presentó al comienzo de un mensaje (véase *Entrenamiento para ancianos, libro 5: Comunión con respecto al mover actual del Señor*, pág. 41). En aquel tiempo me sentía muy desalentado y desanimado, así que durante la reunión me senté cabizbajo lo más atrás posible. En esa reunión, sabiendo cómo me sentía, el hermano Lee dijo a propósito: “El hermano Ed Marks me ayudó con estos versículos”, y después, me pidió que me pusiera de pie. Me di cuenta de que hizo esto para pastorearme. Fue como si dijera: “Todo está bien”. Me tiró una “cuerda” y me pastoreó de manera que pude aplicar la sangre y regresar al Lugar Santísimo. Al parecer esto era algo insignificante, pero el hermano Lee hizo muchas cosas semejantes. Él era un verdadero modelo para nosotros en cuanto al pastoreo.

**Debemos ser personas que son inundadas y que se dejan llevar por el amor de Cristo; el amor divino debe ser como una gran marea que viene a nosotros con gran oleaje que nos arrastra y nos constriñe a vivir para Él como algo que está fuera de nuestro control**

Debemos ser personas que son inundadas y que se dejan llevar por el amor de Cristo; el amor divino debe ser como una gran marea que viene a nosotros con gran oleaje que nos arrastra y nos constriñe a vivir para Él como algo que está fuera de nuestro control (2 Co. 5:14). Cada día todos necesitamos orar: “Señor, constriñeme con Tu amor. Oh, marea de amor, ven y fluye en nosotros”. Cuando esta marea de amor viene y fluye en nuestro ser, somos arrastrados. El amor divino debe ser como un torrente de agua que nos impulsa, nos obliga y nos constriñe más allá de nuestro control a vivir para Él. A veces queremos ir en

otra dirección, pero debido a que lo amamos, Su amor nos constriñe más allá de nuestro control a vivir para Él.

**El mandamiento acerca del amor fraternal  
es tanto antiguo como nuevo:  
antiguo, por cuanto los creyentes lo recibieron  
desde el principio de su vida cristiana;  
y nuevo, por cuanto en su andar cristiano  
este mandamiento amanece con nueva luz y brilla  
con nueva iluminación y poder fresco una y otra vez**

El mandamiento acerca del amor fraternal es tanto antiguo como nuevo: antiguo, por cuanto los creyentes lo recibieron desde el principio de su vida cristiana; y nuevo, por cuanto en su andar cristiano este mandamiento amanece con nueva luz y brilla con nueva iluminación y poder fresco una y otra vez (1 Jn. 2:7-8; 3:11, 23; cfr. Jn. 13:34). En 1 Juan 2:7-8 dice: “Amados, no os escribo mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo, el cual habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído. Otra vez os escribo un mandamiento nuevo, lo cual es verdadero en Él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbrá”. Por un lado, Juan dice que está escribiendo un mandamiento antiguo; por otro, dice que está escribiendo un mandamiento nuevo. Juan es muy misterioso. Agradecemos al Señor por el ministerio de la era que nos da a conocer lo que significan estos versículos. El mandamiento en cuanto al amor fraternal es tanto antiguo como nuevo. En Juan 13:34 el Señor dice: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como Yo os he amado, que también os améis unos a otros”. Anteriormente, en el Evangelio de Juan, era un mandamiento nuevo, pero para cuando Juan escribió su primera epístola, ya se había convertido en un mandamiento antiguo. El mandamiento es antiguo porque lo hemos tenido desde el comienzo de nuestra vida cristiana; pero el mandamiento ahora es nuevo porque el andar cristiano de los creyentes, e incluso ahora en esta reunión, amanece con nueva luz y brilla con nueva iluminación y poder fresco una y otra vez.

Cuando nos reunimos para coordinar con otros, lo principal debe ser que nos amemos unos a otros al pastorearnos unos a otros, y no lo que tenemos en la agenda. Por supuesto, necesitamos una agenda, pero es más importante que nos pastoreemos unos a otros. Debemos amar a Dios y ser infundidos con Dios como amor de manera que Él fluya de

nosotros como amor hacia aquellos con quienes servimos. Debemos obedecer el mandamiento del Señor y seguir Su ejemplo. En Juan 13 el Señor Jesús puso a un lado Su manto y lavó los pies de los discípulos. Siempre que nos reunimos, debemos poner a un lado nuestras virtudes y nuestros logros y debemos ser llenos del agua de Su palabra, de Su Espíritu y con Su vida divina, de manera que podamos lavarnos unos a otros de toda la contaminación de este mundo.

*Los mandamientos del Señor  
no son meramente órdenes judiciales,  
sino que son Sus palabras, las cuales, por ser espíritu y vida,  
son un suministro para nosotros*

Los mandamientos del Señor no son meramente órdenes judiciales, sino que son Sus palabras, las cuales, por ser espíritu y vida, son un suministro para nosotros (6:63).

*El amor de Dios es Su esencia intrínseca, y las palabras del Señor  
nos abastecen de esta esencia divina con la cual  
lo amamos a Él y amamos a los hermanos*

El amor de Dios es Su esencia intrínseca, y las palabras del Señor nos abastecen de esta esencia divina con la cual lo amamos a Él y amamos a los hermanos. Estas palabras, las cuales llegan a ser espíritu y vida para nosotros, infunden en nuestro ser el amor como la naturaleza de la esencia de Dios, y así amamos a Dios con el amor que nos transmite Su hablar por medio de Su Palabra. Esto significa que Su palabra viene a ser espíritu y vida para nosotros. En el Antiguo Testamento, la palabra de Dios era la ley que estaba corporificada en las dos tablas de los Diez Mandamientos. A la ley, que fue puesta en el Arca, se le llamaba el testimonio; por tanto, al Arca se le llamaba el Arca del testimonio. En el Antiguo Testamento los que verdaderamente buscaban a Dios no guardaban la letra de la ley. Para ellos, la ley era la palabra viviente de Dios. Hoy, la Biblia entera de sesenta y seis libros constituye la palabra viviente de Dios. Al llegar a ser espíritu y la vida, el Señor incorporado en la palabra transmite Su sustancia a Sus amados creyentes que le buscan. Cuando Su sustancia es infundida en nosotros, espontáneamente y aun sin proponérselo, Él fluye de nosotros para guardar Sus mandamientos en nosotros y por medio de nosotros.

*Debemos amar a Dios y a Sus hijos con el amor divino que nos es transmitido a nosotros mediante las palabras del Señor y que llega a ser nuestra experiencia y disfrute*

Debemos amar a Dios y a Sus hijos con el amor divino que nos es transmitido a nosotros mediante las palabras del Señor y que llega a ser nuestra experiencia y disfrute. Al acudir a la Palabra nuestro deseo es que el amor, como naturaleza de la esencia de Dios, nos sea infundido. No podemos separar el amor de la luz. El amor es la naturaleza de la esencia de Dios, mientras que la luz es la naturaleza de la expresión de Dios. A fin de ser infundidos con la sustancia intrínseca de Dios, la naturaleza de Su esencia, debemos humillarnos y no confiar en nosotros mismos cuando acudimos a la Palabra; más bien, debemos buscar al Señor para que Él tenga misericordia de nosotros. En Isaías 66:2 Jehová declara: “Pero Yo miraré a aquel que es pobre / y humilde de espíritu, y que tiembla a Mi palabra”. Debemos tener un espíritu contrito, es decir, ser pobres en espíritu, y debemos temblar ante Su palabra. Ser pobres en espíritu significa que tenemos el espíritu de un aprendiz, de uno que necesita ayuda. A fin de ser pobres en espíritu necesitamos ejercitar nuestro espíritu. Debemos abrirle a Él todas las partes de nuestra alma diciendo: “Señor, quiero que infundas Tu ser en mí cuando acuda a Tu Palabra”. Por consiguiente, el amor y la luz están estrechamente relacionados.

Además, si queremos que Su esencia de amor nos sea infundida cuando acudimos a la Palabra, debemos ejercitar todo nuestro corazón, todo nuestro ser. Antes de dar un mensaje, los hermanos que ministran la palabra primero ejercitan todo su corazón para profundizar en el mensaje. Ellos no sirven con un corazón dividido o a medias, pues profundizan de lleno en el mensaje. Estos hermanos son modelos, pues son personas que no sirven con un corazón dividido ni a medias, sino con sencillez de corazón. En 2 Corintios 3:15-16 Pablo dice: “Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando su corazón se vuelve al Señor, el velo es quitado”. Estos versículos indican que cuando nuestro corazón se aleja del Señor, hay un velo sobre nuestro corazón, pero cuando volvemos nuestro corazón al Señor, el velo es quitado. Por tanto, debemos tomar medidas en cuanto a nuestro corazón al confesar nuestros pecados, removiendo cualquier frustración, velo y obstáculo de manera que podamos recibir la sustancia del amor de Dios.

**El vivir en el cual nos amamos unos a otros en el amor de Dios representa la perfección y compleción de este amor cuando se manifiesta en nosotros**

El vivir en el cual nos amamos unos a otros en el amor de Dios representa la perfección y compleción de este amor cuando se manifiesta en nosotros (1 Jn. 4:11-12; 2:5).

#### LA VIDA DE IGLESIA ES UNA VIDA DE AMOR FRATERNAL

La vida de iglesia es una vida de amor fraternal (4:7-8; 2 Jn. 5-6; Jn. 15:12, 17; Ap. 3:7; Ef. 5:2; cfr. Jud. 12a). Yo incluso afirmaré que la vida de iglesia *es* amor fraternal. Podemos ver esto en las últimas palabras que el hermano Lee comunicó a los ancianos de la iglesia en Anaheim. Los ancianos habían subido a la montaña para tener un tiempo de oración y comunión. Ya que uno de los hermanos iba a visitar al hermano Lee, le pedimos a este hermano que le preguntara al hermano Lee si tenía alguna comunión para nosotros. Mientras orábamos, el hermano que había visitado al hermano Lee llegó. Esperábamos escuchar del hermano Lee una comunión de mucho peso, quizás algo acerca de la cumbre de la revelación divina, pero lo que él nos dijo fue que todos los hermanos en Anaheim debían amarse unos a otros, que nuestras esposas debían amarse unas a otras, y que debíamos amar a los hijos de los hermanos. Nunca podré olvidar eso. Ciertamente esto describe a un grupo vital.

Cuando nosotros los colaboradores primero comenzamos a com-  
penetrarnos, después de que el hermano Lee partiera con el Señor, nos reuníamos con el fin de disfrutar a Dios, amar a Dios, ser infundidos con Dios, ser sostenidos mutuamente y amarnos unos a otros. Después de un tiempo, al concluir un mensaje, una hermana profetizó diciendo: “Estoy muy animada. Miren a los hermanos; ellos son uno”. Ella lo dijo de forma pura, pero sus palabras implicaban que anteriormente no éramos uno. Llegamos a ser uno por medio de la compenetración, la cual el Señor introdujo mediante este ministerio. Estoy tan agradecido que estamos en este camino. A fin de permanecer en este camino, necesitamos orar unos por otros, cuidarnos con ternura, nutrirnos y cubrirnos mutuamente, y hablar bien unos de otros.

Una manera práctica de pastorearnos los unos a los otros es pastorear a los hijos de los hermanos. En Mateo 19:13-15 algunos padres trataron de llevar a sus hijos al Señor, pero los discípulos les reprendieron.

En realidad, dijeron: “Deténganse. ¿No se dan cuenta de quién es Él? No lo deben molestar con estos niños”. Imagínense cuánto se ofendieron esos padres. Pero el Señor estaba indignado con los discípulos y dijo: “Dejad a los niños, y no les impidáis que vengan a Mí; porque de los tales es el reino de los cielos” (v. 14). Él no sólo pastoreó a los niños, sino mucho más, pastoreó a los padres.

### **El Cuerpo se edifica a sí mismo en amor**

El Cuerpo se edifica a sí mismo en amor (Ef. 4:16).

**Nuestro espíritu regenerado, el cual Dios nos dio,  
es un espíritu de amor;  
necesitamos un espíritu ferviente de amor  
para conquistar la degradación que existe en la iglesia hoy**

Nuestro espíritu regenerado, el cual Dios nos dio, es un espíritu de amor; necesitamos un espíritu ferviente de amor para conquistar la degradación que existe en la iglesia hoy. En 2 Timoteo 1:7 se nos dice: “No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura”. El espíritu regenerado que Dios nos dio es un espíritu de amor. La palabra griega traducida “amor” en este versículo es *ágape*, el amor divino. Necesitamos un espíritu ardiente de amor para conquistar la degradación de la iglesia de hoy.

### **El que ama a Dios y a los hermanos disfruta la vida divina; el que no ama permanece en la muerte satánica**

El que ama a Dios y a los hermanos disfruta la vida divina; el que no ama permanece en la muerte satánica (1 Jn. 3:14; cfr. 2 Co. 11:2-3). Esto es un “termómetro” que indica si amamos o no a Dios y a los hermanos. Si amamos a Dios y a los hermanos, disfrutamos de la vida divina. Cuando nos alejamos del fluir de la vida, en nuestro corazón criticamos y juzgamos a los hermanos, aun cuando no digamos nada externamente.

### **“El conocimiento envanece, pero el amor edifica”**

En 1 Corintios 8:1b dice: “El conocimiento envanece, pero el amor edifica” (cfr. 2 Co. 3:6). En *Una exhortación amorosa a los colaboradores, ancianos y los que aman y buscan al Señor*, el hermano Lee dice:

Por un lado, sentí la comisión de ministrar acerca de la cumbre de la verdad con relación al ministerio completo de

Cristo en la carne, como Espíritu vivificante, e incluso como Espíritu vivificante siete veces intensificado. Por otro lado, el Señor me comisionó ministrar la cruz.

El hombre natural, el yo, puede alimentarse con las verdades más elevadas, mas éstas pueden hacerle más ambicioso porque le capacitan más y lo llenan de orgullo debido a que ha oído las verdades más elevadas. Muchos aún no han oído estas cosas, pero ustedes sí. Cuando salgan a predicar o a visitar a la gente, todo el mundo les recibirá. Esto les alimentará no en un sentido positivo, sino negativo. Los doctores buenos, los que alimentan a sus pacientes, primero matan los gérmenes. Si ellos no lo hicieran, su alimentación estaría llena de gérmenes. Los que viven en el norte de la China, comen cierta clase de empanadas con ajo y vinagre, ya que estos dos ingredientes matan los microbios. Además, el vinagre es bueno para la digestión. Los microbios son eliminados, y las personas tienen una buena digestión. Los que comen estas empanadas no se enferman fácilmente porque son protegidos por el ajo y el vinagre que eliminan las bacterias y además hacen que sus empanadas sean no sólo sabrosas sino también saludables. No puedo alimentarlos con la cumbre de las verdades sin “ajo”. Les debo ministrar ajos y vinagre aunque no sean dulces. Tal vez prefieran miel, pero ésta se prohíbe en la Biblia. En el Antiguo Testamento no se permitía poner miel en las ofrendas; al contrario, ponían sal, la cual mata los microbios (Lv. 2:11, 13). Tengo temor de que al hablarles tantas verdades cumbres, les haya alimentado con miel, pues esto al final los matará. Debo ponerle un poco de sal; todos debemos ser bien sazonados con sal.

No hay nada en la tierra que me preocupa, especialmente ahora que estoy al final de mi carrera, excepto el recobro del Señor. Debo valorar los últimos días de mi carrera, por eso quiero hacer cuanto más posible, mas no sin la cruz, ministrarles el Cristo todo-inclusivo y el Espíritu compuesto todo-inclusivo que llegó a Su consumación. Les ministraré “empanadas”, pero debo ponerles mucho ajo y mucho vinagre; cuanto más, mejor y más sano. (págs. 47-48)

El hermano Lee dijo que él no podía ministrarnos las verdades cumbres sin ministrarnos también la cruz, es decir, sin ministrarnos también la experiencia de la cruz hallada en el unguento de la unción. En el mismo capítulo el hermano Lee nos dijo que tengamos cuidado con respecto a la ambición y al orgullo. El orgullo significa que nos exaltamos a nosotros mismos y despreciamos a los demás, pensando que somos mejores que los demás. También nos dijo que tuviéramos cuidado con respecto a justificarnos a nosotros mismos y poner en evidencia los defectos y fracasos de los demás. No estamos aquí para dar a conocer los fracasos de los demás. Nuestras vidas son demasiadas cortas como para juzgar, criticar y condenar a los demás, o para tener un espíritu que no perdona. Más bien, hemos dado nuestras vidas al recobro del Señor para amarlo a Él al máximo y amarnos unos a otros con miras a la edificación del Cuerpo. También necesitamos tener cuidado con respecto a ser aquellos que no están conformados a la muerte de Cristo. Al hablarnos de esta manera el hermano Lee nos dio “empanadas” con “ajo y vinagre”.

En una ocasión un hermano me pastoreó al llevarme a un restaurante en Taipéi donde servían empanadas chinas. En Taipéi hay restaurantes donde solamente sirven tales empanadas. Fui muy pastoreado ese día, no solamente por las empanadas, sino también por el amor del Señor a través de ese hermano. En Juan 21, el Señor Jesús pastoreó a Sus discípulos, quienes se habían apartado del camino, al prepararles pescado. Él les preparó el desayuno y comió con ellos. Judas 12 dice: “Estos son escollos ocultos en vuestros ágapes, que comiendo con vosotros sin temor se apacientan a sí mismos”. Esto indica que había creyentes falsos que entraban en los banquetes de amor de los creyentes. La palabra griega traducida *banquete de amor* en este versículo significa literalmente “amores”. Los creyentes no celebraban banquetes, sino “amores”. Cuando invitamos a los santos a cenar celebramos “amor” con ellos. Hay algo especial cuando comemos juntos. Mientras comemos, podemos orar unos por otros, pastorearnos, cuidarnos con ternura y nutrarnos mutuamente.

**Amarnos unos a otros es una señal  
de que pertenecemos a Cristo**

Amarnos unos a otros es una señal de que pertenecemos a Cristo (Jn. 13:34-35).

**Querer ser el primero en la iglesia está en contraste  
con amar a todos los hermanos**

Querer ser el primero en la iglesia está en contraste con amar a todos los hermanos (3 Jn. 9).

**Así como el Señor Jesús entregó la vida de Su alma para que  
pudiéramos obtener la vida divina, también es necesario  
que nosotros perdamos la vida de nuestra alma  
y nos neguemos a nosotros mismos,  
a fin de amar a los hermanos y ministrarnos vida  
al poner en práctica la vida del Cuerpo**

Así como el Señor Jesús entregó la vida de Su alma para que pudiéramos obtener la vida divina, también es necesario que nosotros perdamos la vida de nuestra alma y nos neguemos a nosotros mismos, a fin de amar a los hermanos y ministrarnos vida al poner en práctica la vida del Cuerpo (1 Jn. 3:16; Jn. 10:11, 17-18; 15:13; Ef. 4:29—5:2; 2 Co. 12:15; Ro. 12:9-13). En 1 Juan 3:16-18 se nos dice: “En esto hemos conocido el amor, en que Él puso Su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él sus entrañas, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y con veracidad”. En términos humanos, amar con veracidad significa dar de manera secreta y escondida a quienes tienen necesidad material en la iglesia. Al amar de esta manera uno transmite a otros la naturaleza de la esencia de Dios.

**Es preciso que perdamos la vida de nuestra alma  
por medio de no amar al mundo y sus placeres; en vez de ello,  
nuestro gozo, diversión, entretenimiento y felicidad debe ser  
recibir a Dios y expresarle en la vida de iglesia  
de amor fraternal**

Es preciso que perdamos la vida de nuestra alma por medio de no amar al mundo y sus placeres; en vez de ello, nuestro gozo, diversión, entretenimiento y felicidad debe ser recibir a Dios y expresarle en la vida de iglesia de amor fraternal (2:15-17; Mt. 16:25-26; Sal. 36:8-9; cfr. 2 Ti. 3:4). Recibir a Dios y expresar a Dios en la vida de iglesia como el amor fraternal es nuestro gozo.



**El amor fraternal en la vida de iglesia se expresa de una manera práctica cuando atendemos a las necesidades de los santos necesitados sin abrigar intereses personales y sin hacer alarde; al compartir nuestros bienes materiales con los santos necesitados, la gracia de la vida del Señor junto con Su amor fluye entre los miembros del Cuerpo de Cristo y se infunde en ellos**

El amor fraternal en la vida de iglesia se expresa de una manera práctica cuando atendemos a las necesidades de los santos necesitados sin abrigar intereses personales y sin hacer alarde; al compartir nuestros bienes materiales con los santos necesitados, la gracia de la vida del Señor junto con Su amor fluye entre los miembros del Cuerpo de Cristo y se infunde en ellos (1 Jn. 3:17-18; Mt. 6:1-4; Ro. 12:13; 2 Co. 8:1-7).

**EN 1 JUAN 4 SE NOS DICE EL SECRETO  
DE CÓMO PODEMOS ESTAR EN PIE CONFIADAMENTE  
ANTE EL TRIBUNAL DE CRISTO: PERMANECER EN AMOR**

En 1 Juan 4 se nos dice el secreto de cómo podemos estar en pie confiadamente ante el tribunal de Cristo: permanecer en amor (vs. 16-18; 2 Co. 5:10, 14). Si queremos ser la novia de Cristo, aprobados por Él ante Su tribunal, si queremos estar en Su fiesta de boda y si queremos regresar junto con Él como Su ejército vencedor para destruir al anticristo y sus ejércitos, tenemos que permanecer en amor.

**Permanecer en amor es vivir una vida en la cual amamos a otros habitualmente con el amor que es Dios mismo, a fin de que Él se exprese en nosotros**

Permanecer en amor es vivir una vida en la cual amamos a otros habitualmente con el amor que es Dios mismo, a fin de que Él se exprese en nosotros (1 Jn. 4:16).

**El amor perfecto es el amor que ha sido perfeccionado en nosotros cuando amamos a los demás con el amor de Dios; tal amor echa fuera el temor y no teme ser castigado por el Señor cuando Él venga**

El amor perfecto es el amor que ha sido perfeccionado en nosotros cuando amamos a los demás con el amor de Dios; tal amor echa fuera

el temor y no teme ser castigado por el Señor cuando Él venga (vs. 17-18; cfr. Lc. 12:46-47).

**El amor es el camino más excelente mediante el cual podemos llegar a ser alguien y hacer algo para la edificación de la iglesia como el Cuerpo orgánico de Cristo**

El amor es el camino más excelente mediante el cual podemos llegar a ser alguien y hacer algo para la edificación de la iglesia como el Cuerpo orgánico de Cristo (1 Co. 12:31b—13:8a). Ésta es la práctica gloriosa del amor divino.—E. M.